

MATANZA Y RE-VIVENCIA DE DOS MITOS: *EL CONSEJERO Y BOLÍVAR*

Teresinka Pereira

Moorhead State University

Desde hace algunos años venimos comentando el hecho de que pasamos por una época de cambios radicales en el mundo, cambios que tienen eco en la literatura de las dos últimas décadas. La crítica que ha comprobado cambios literarios ya sucedidos, se dispuso a enterrar los movimientos ultrapasados, admitiendo a otros apenas empezados y dedicándose a analizar las obras que parecen presentar valores definitivos.

Adolfo Sánchez Vázquez, en un reciente ensayo¹, presenta una confrontación entre la modernidad y la posmodernidad, defendiendo la tesis de que esta última viene a suceder por la necesidad de ultrapasar a la realidad ya agotada del modernismo. De acuerdo con él, creemos que estamos caminando a paso doble, porque al entrar en la última década del siglo, estamos ya saliendo de la más calurosa época del posmodernismo, y nos dirigimos quizás hacia un movimiento literario que parece, por primera vez, un tanto optimista y colectivo.

Sin embargo, la crítica que viene señalando las transiciones, no ha alcanzado todavía a tratar con la profundidad necesaria algunas obras características de las tres últimas décadas que constituyen el posmodernismo.

La modernidad surgió como la consecuencia natural de un proceso histórico en el cual es común destacar a la Revolución Francesa y la consecuente emancipación humana en la dinámica sociedad burguesa, siempre orientada hacia el futuro. Fue esa sociedad modernista la que produjo mitos como los de Simón Bolívar, Tiradentes, y otros revolucionarios que algunas veces fueron considerados por su pueblo como *santos*, porque eran piadosos y caritativos con los pobres. Al mismo tiempo, la crítica literaria del tiempo se caracterizó por la búsqueda de la razón y por una radical exigencia de progreso. Políticamente, en América Latina, todo eso resultó en la fundación de las repúblicas.

Sin embargo, una de las mayores críticas de Carl Marx a la modernidad viene de que, gracias al desarrollo de las ciencias y de la técnica, del dominio del hombre sobre la naturaleza, se pasó al dominio del hombre sobre el hombre. Con base en esta crítica aparece en la literatura un reflejo de la posmodernidad, considerando que con la exagerada tendencia a crear mitos históricos, y consecuentemente literarios, se agotó la sociedad envolviéndose en un radicalismo político, el cual produjo algunos héroes necesarios en la ocasión, para disfrazar su caudillismo con los colores del nacionalismo.

¹Adolfo Sánchez Vázquez. "Posmodernidad, posmodernismo y socialismo". In *Casa de las Américas*, número 175, Año xxx, pp. 137-145.

Puesto que la literatura posmodernista ha intentado deshacerse de los mitos creados por el modernismo, comentamos aquí dos libros que se comparan en estas especiales características, sobresaliendo por su temporalidad y su popularidad en la abundante cosecha del *postboom* de la novela latinoamericana. Los mitos son: Simón Bolívar, conocido y venerado en toda la América hispánica, y Antonio Conselheiro², considerado como un santo en la región de Bahía, en Brasil.

En 1981, después de intensas investigaciones sobre la Guerra dos Canudos, suceso relatado en todos los compendios de Historia del Brasil, el escritor peruano Mario Vargas Llosa publica su novela *La guerra del fin del mundo*³, la cual presenta una nueva perspectiva del *Santo Conselheiro*, protagonista principal de esa guerra que en su obra se transforma en la sencilla figura del loco y fanático *Consejero*.

En 1989, después de intensas investigaciones sobre el último viaje de Simón Bolívar por el río Magdalena, el escritor colombiano Gabriel García Márquez publica la novela *El general en su laberinto*⁴, la cual presenta una nueva perspectiva del *Libertador*, el héroe máximo de la independencia de la América hispánica, narrando los últimos pasos de General en su retirada ingloria y su decadencia política.

Los dos libros han tenido una recepción mezclada de curiosidad y de indignación por parte del público latinoamericano, despertando polémicas, críticas, ataques, elogios, etc. A pesar de la increíble popularidad de estos libros⁵, no he conocido ningún ensayo comparativo entre ellos, aunque sea, como lo trato de hacer aquí, con respecto a la intención de sus autores.

Considero que lo único nuevo en la versión actual de estas obras novelescas es la destrucción del mito tradicional y la transformación de cada personaje en una figura más humana, o tal vez, demasiado humanizada. El proceso es el mismo: por medio de la exageración de sus vicios, los autores posmodernistas sustituyen la estatura supernatural que han adquirido estas personalidades históricas con el pasar de los años, por una débil sombra de demencia y mediocridad.

Sigo consultando el análisis hecho por Sánchez Vázquez⁶ acerca de los cambios ideológicos del posmodernismo, con respecto a la crítica de la búsqueda de la emancipación, a la realización del progreso a través de una revolución, que fue una de las manías radicales del modernismo. El ensayista cubano cree que el posmodernismo trata de erradicar este ideal, poniendo en su lugar la investigación sobre la naturaleza de la realidad, como un importante fundamento histórico.

Mario Vargas Llosa y Gabriel García Márquez parecen tener en sus novelas históricas esta tendencia posmodernista de negar el mito del revolucionario como

²Antonio Maciel, apodado "O Conselheiro", fue un líder religioso de la región del nordeste del Brasil, que llevó a sus seguidores a fundar el pueblo denominado Canudos. Euclides da Cunha (Brasil, 1866-1909) escribió el libro *Os Sertões* (1902) en el cual narra la guerra que quedó como "Guerra dos Canudos" en la Historia del Brasil.

³Mario Vargas Llosa, *La guerra del fin del mundo*. Barcelona, Seix Barral, 1981.

⁴Gabriel García Márquez, *El general en su laberinto*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1989.

⁵La primera edición de *El general en su laberinto* salió en marzo, 1989. En los tres meses consecutivos del mismo año han sido vendidas siete ediciones del libro.

⁶El filósofo Adolfo Sánchez Vázquez (España/México, 1915) fue condecorado recientemente por el Consejo de Estado de la República de Cuba, con la Medalla Haydée Santamaría, por contribución al enriquecimiento y defensa de la genuina cultura de América y su integración por vías culturales.

un ser especial, con calidades innatas superiores, y llegan a sus últimas consecuencias rompiendo con toda la tradición de la mitología nacional, para construir, sobre los destrozos que ellos mismos causaron, un nuevo personaje humano, liberado de la fantasía del fanatismo popular.

El *Bolívar* de García Márquez no pasa de un viejo dictador en retirada, respetado por sus íntimos y dependientes y odiado por los que sufrieron su mando. El *Consejero* de Mario Vargas Llosa no es un legítimo santo, sino un alucinado e ignorante mendigo del interior del Brasil que logra ser jefe de una tribu de elementos marginales de la sociedad, más miserables e ignorantes que él.

Desde las primeras páginas de *El general en su laberinto* el lector ya se encuentra con la figura de Bolívar que no es la del Libertador, o la del General que ha gobernado la América hispánica con mano fuerte por cerca de veinte años, después de expulsar de ella a los conquistadores españoles, sino con una figura de decadencia, decrepitud y con el “cuerpo tan desmedrado”:

José Palacios, su servidor más antiguo, lo encontró flotando en las aguas depurativas de la bañera, desnudo y con los ojos abiertos, y creyó que se había ahogado (p. 11).

Así es la primera aparición del general Bolívar y pocos párrafos más adelante el lector ve este cuerpo ya casi en descomposición, desprendiendo de sí un mal olor de enfermedad mortal:

El cuerpo ardía en la hoguera de la calentura, y soltaba unas ventosidades pedregosas y fétidas (p. 18).

El omnisciente narrador de *El general en su laberinto* sigue presentando la debilitación del protagonista de manera cada vez más intensa, ya en el límite de la pérdida de la razón:

El mismo general no sabría decir al día siguiente si estaba hablando dormido o desvariando despierto, ni podría recordarlo. Era lo que él llamaba “mis crisis de demencia” (p. 18).

Sin embargo, el *Bolívar* de García Márquez está, en varios de sus momentos de lucidez, consciente de la realidad de su situación política, y la decisión de la retirada viene de sus propias palabras:

“Vámonos —dijo— volando, que aquí no nos quiere nadie” (p. 11).

Con unas pocas ocasiones de *flash back*, lo que leemos en *El general en su laberinto* es toda la retirada de Simón Bolívar, hacia al norte de Colombia, no a Venezuela donde se suponía que él debería retirarse. Es un viaje penoso, en el cual Bolívar es llevado a fuerza de desilusión, oyendo algunas veces en palabras susurradas por los que querían ocultarle, las noticias del triunfo de sus enemigos. Desastrado, viejo, enfermo, debilitado por la depresión moral y la frustración, pobre, sin dinero para pagar a los que lo servían y acompañaban, insultado por el pueblo de Colombia y hasta quemado en efígie en plaza pública, así vemos morir el mito una vez más y de manera definitiva en la narrativa de García Márquez:

Los estudiantes del colegio de San Bartolomé se habían tomado por asalto las oficinas de la corte suprema de justicia para forzar un juicio público

contra el general, y habían destrozado a bayoneta y retirado por el balcón un retrato suyo de tamaño natural, pintado a óleo por un antiguo abanderado del ejército libertador. Las turbas borrachas de chicha habían saqueado las tiendas de la Calle Real y las cantinas de los suburbios que no cerraron a tiempo, y fusilaron en la plaza mayor a un general de almohadas de aserrín que no necesitaba la casaca azul con botones de oro para que todo el mundo lo reconociera. Lo acusaban de ser el promotor oculto de la desobediencia militar, en un intento tardío de recuperar el poder que el congreso le había quitado por voto unánime al cabo de doce años de ejercicio continuo. Lo acusaban de querer la presidencia vitalicia para dejar en su lugar a un príncipe europeo (pp. 20-21).

Destinaremos ahora algunas líneas al protagonista de *La guerra del fin del mundo*, el consejero, a quien están dedicadas las primeras líneas del libro, donde hace el autor peruano, una presentación de su figura:

El Hombre era alto, y tan flaco que parecía siempre de perfil. Su piel era oscura, sus huesos prominentes y sus ojos ardían con fuego perpetuo. A veces lloraba y en el llanto el fuego negro de sus ojos recrudecía con detellos terribles. Inmediatamente se ponía a rezar. Pero no como rezan los demás hombres o las mujeres: él se tendía de bruces en la tierra o las piedras o las lozas desportilladas... (p. 15).

Su nombre *Consejero* era un apodo popular, por sus dones de hablar a la gente, dándoles consejos y hablando de cosas sencillas, cotidianas y prácticas. El Consejero les decía que el fin del mundo y el Juicio Final podían ocurrir pronto, mucho antes de lo que creían. Les hablaba de la muerte y les aconsejaba que se prepararan cuidando de las cosas del alma.

La imagen del Consejero que Vargas Llosa busca ofrecer a los lectores es la de un loco fanático que hace premoniciones de que el día del fin del mundo ya está cercano. Cuando llegan a sus oídos las exaltadas noticias del advenimiento de la República, convence a los pobres de que se trata de la llegada del propio Diablo al mundo para provocar la guerra y la discordia entre los pueblos, lo que terminará con la vida en la tierra, con transformaciones terribles. Dice que la tierra del sertão⁷ se va a transformar en el mar y el mar será como el sertão. Los pobres, fanáticos, locos, bandidos, fugitivos de la justicia, mendigos, las mujeres que fueron violadas por extraños, una multitud de miserables y desgraciados lo siguen y lo acompañan a ocupar una hacienda abandonada en un lugar llamado Canudos, en el sertão del estado de Bahía, en el noreste del Brasil. Allí construyen el pueblo de Canudos y allí defienden al Consejero hasta la muerte de todos, cuando los atacan los soldados del ejército.

En la versión novelesca de este episodio de la historia del Brasil, el narrador omnisciente de Mario Vargas Llosa no solamente presenta al Consejero como un demente fanático, sino que considera también así a todos los demás personajes que son destacados en el séquito del Consejero y que lo cuidan en la intimidad. Ellos son todos pintados como delincuentes o insensatos.

⁷Sertão: palabra que denomina la región interior del Brasil, árida, pobre y desértica.

Menciono algunos ejemplos con finalidad de ilustración. João Grande, hijo de esclavos, a quien la señorita Adelinha lleva sus cuidados desde niño y a quien ha dado todos los lujos y mimos, cuando se hace hombre, se convierte en su verdugo. Un día en que la acompaña al convento, la mata y la descuartiza, huyendo en seguida. Al llegar a Canudos viene todavía armado y sucio de la sangre de su patrona y se junta a la guardia del Consejero.

Beatito, el niño bastardo que tenía alucinaciones religiosas, un día ve al Consejero y lo quiere seguir. El Consejero le regala, y le aconseja que lo use, un alambre apretándole la cintura, lacerándole la carne, como preparación a que sea aceptado como su discípulo. Siete meses después que el muchachito empezara a usar tal cilicio anudado contra su cuerpo, el cual lo “había amoratado y luego abierto estrías y más tarde recubierto de costras parduscas y no se lo había quitado un solo día y cada cierto tiempo volvía a ajustarse el alambre aflojado por el movimiento cotidiano del cuerpo” (p. 23), el Consejero lo acepta a su lado y lo lleva a Canudos.

Entre las mujeres, un buen ejemplo es María Quadrado, quien al salir de su casa “vestía dos polleras y tenía unas trenzas anudadas con una cinta, una blusa azul y zapatos de cordón. Pero en el camino había regalado sus ropas a los mendigos y los zapatos se los robaron en Palmeira dos indios. De modo que al divisar Monte Santo (Canudos) esa madrugada, iba descalza y su vestimenta era un costal de espartos con agujeros para los brazos. Su cabeza, de mechones mal tijereteados y cráneo pelado, recordaba las de los locos del hospital del Salvador. Se había rapado ella misma después de ser violada por cuarta vez” (p. 49).

Usando el testimonio del personaje fray João Evangelista de Monte Marciano, que estuvo en Canudos durante una semana, enviado por el Arzobispo de Bahía (a quien habían llegado denuncias de herejía), el narrador nos informa:

En Canudos encontraron una multitud de seres escuálidos, cadavéricos, hacinados en cabañas de barro y paja, y armados hasta los dientes “para proteger al Consejero, a quien ya las autoridades había tratado antes de matar” (p. 55).

Siendo el Consejero un loco en la versión del escritor peruano, y siendo locos todos los que lo habían seguido allí a Canudos, la única figura del mundo civilizado de la República que demuestra su simpatía por su causa es también presentado en el libro como un loco: Galileo Gall. Era un revolucionario europeo “de cabellos y barbita rojiza, malvestido de negro” (p. 42) que emprendió el viaje a Canudos por “solidaridad ideológica y moral” y que escribe sobre la guerra de Canudos para el periódico revolucionario *L'Étincelle de la révolte*.

Gall trata de analizar los sucesos de Canudos bajo un punto de vista marxista:

Han abolido la propiedad, el matrimonio, las jerarquías sociales, rechazado la autoridad de la Iglesia y del Estado, aniquilado la tropa. Se han enfrentado a la autoridad, al dinero, al uniforme, a la sonata (p. 97).

Sin embargo este Gall es presentado por el narrador como un personaje que no tiene la capacidad de percibir la realidad porque vive metido en una visión aparente y superficial de la misma. Él es débil de carácter y medio criminal: se encuentra en el Brasil por ser forajido de la policía europea. En el camino de Canudos, se aprovecha de la ausencia de su guía Rufino, y en la misma casa de él, viola a su esposa con traición y brutalidad.

La narración de la muerte del Consejero es patética: sabiendo del ataque del ejército a Canudos, el Consejero muere en la capilla, evacuando un agua blanca, que los devotos más íntimos que lo rodean en sus últimos momentos, toman en comunión.

Los soldados lo sacan algunos días después de su sepultura en el santuario, le cortan la cabeza y la llevan para hacer investigaciones científicas.

Volvamos ahora a la muerte del general Simón Bolívar, en el libro del escritor colombiano que es también una muerte muy lenta, consciente y acompañada por unos pocos secuaces. Él sabía que se iba a morir, que su retirada del poder era, al mismo tiempo, su retirada del mundo, contra el cual acababa de perder su última batalla.

En los últimos días ya casi no podía comer y una vez, no cediendo a la tentación de comer unas guayabas, oyó de José Palacios una reprimenda: "¡Nos vamos a morir!", a la cual contestó: "No más de lo que ya estamos" (p. 118). Otra vez, hablando con Lorenzo Cárcamo, tiene con él el siguiente diálogo:

"Se echó a perder el mundo, viejo Simón".

"Nos echaron a perder", dijo el general. "Y lo único que queda ahora es empezar otra vez desde el principio".

"Y lo vamos a hacer", dijo Lorenzo Cárcamo. "Yo no", dijo el general. "A mí sólo me falta que me boten en el cajón de la basura" (p. 126).

Cuando Montilla, en un arrebato de devoción, le dijo: "Me perdona, Excelencia, usted sabe mejor que nadie la devoción que le profeso al Gran Mariscal, pero el hombre no es él". Y remató con un énfasis teatral: "El hombre es usted". El general lo cortó de un atajo: "Yo no existo".

La gente que encontraba al general en su viaje ya lo creía tan derrotado y muerto que decía: "El pobre general es un caso acabado" (p. 132). Y para algunos de sus acompañantes, el general no pasaría a la historia (p. 133).

Podemos ver una pequeña diferencia en medio de tantas similitudes entre la muerte del general Bolívar y la muerte del Consejero. Es que el Consejero brasileño fue considerado "Santo", por lo menos por sus íntimos y su pueblo, pero el general no fue considerado como héroe ni al menos por sus ayudantes más íntimos, con excepción de José Palacios y Manuela Sáenz. Sin embargo, en medio de tanta guerra y tanta traición, la muerte del general fue casi igual a la del Consejero: tranquila y sin la violencia del asesinato. Murieron de tristeza, debilidad y enfermedad. Una muerte casi indigna de su simbólica estatura de santo y de héroes.

Otra comparación que nos cabe hacer es que tanto García Márquez como Vargas Llosa han llevado también hasta su muerte, el desarrollo de los personajes subalternos a los protagonistas. En *El general en su laberinto*, el lector es informado de cómo la compañera más fiel de Bolívar murió quemada en un incendio junto a las cartas del general que ella guardó hasta el final de sus días y de que José Palacios "murió a la edad de setenta y seis años, revolcándose en el lodo por los tormentos del delirium tremens, en un antro de mendigos licenciados del ejército libertador". Los compañeros más íntimos del Consejero murieron defendiéndolo, incluso el Beatito, que fue decapitado al lado de su sepultura y cuyo cuerpo fue enterrado al lado del cuerpo de su santo, descabezados los dos.

Ahora una palabra sobre los títulos de los libros. *El general en su laberinto* fue

tomado de las últimas palabras de Bolívar, que en el día 10 de diciembre de 1830 dicta el testamento y la última proclama, ante la insistencia del médico para que se confiese y reciba los sacramentos. Él dijo: “¿Qué es esto?... ¿Estaré tan malo para que se me hable de testamento y de confesarme?... ¡Cómo saldré yo de este laberinto!” (p. 286).

El título del libro de Mario Vargas Llosa viene también de las palabras de su protagonista que anunciaba el final del mundo y la guerra de su pueblo santo en contra del diablo que era la “República”.

La idea de escribir el libro le fue dada a García Márquez por Álvaro Mutis en su cuento “El último rostro”⁸, un relato del viaje de Simón Bolívar por el río Magdalena. García Márquez le da crédito y las gracias, al final del libro, bajo el título “Gratitudes” (pp. 271-274).

La idea de *La guerra del fin del mundo* fue sacada del libro *Os Sertões*⁹ de Euclides da Cunha, a quien Mario Vargas Llosa pone como uno de los personajes en el libro. Euclides da Cunha era un ardoroso republicano, era ingeniero y periodista, estuvo presente en la Guerra dos Canudos como corresponsal de un periódico, en 1896. De la experiencia del viaje y la campaña obtuvo el material con que elaboró su libro. Vargas Llosa le dedica *La guerra del fin del mundo* en estos términos: “A Euclides da Cunha, en el otro mundo”.

Creo profundamente que en el acto de escribir hay siempre una declaración política, incluso cuando el autor no la confiesa. Nietzsche decía que el conocimiento es una expresión del poder de la voluntad. Esto significa que nadie dice la verdad en términos absolutos u objetivos. El personaje Bolívar podía decir lo que era necesario para probar la tesis de su autor, tanto como el Consejero, como personaje, lo hizo. Se puede considerar que más allá de una coincidencia ocasional, los libros que acabo de cotejar han surgido de la necesidad temporal de un revisionismo político y reconocemos que, según la filosofía ideológica de cada uno de sus autores, han emprendido, ellos también, las aventuras del cambio de imágenes históricas.

⁸Este cuento fue publicado en el libro *La mansión de Araucaima*, por Álvaro Mutis. Bogotá, Editorial La Oveja Negra Ltda., 1982, pp. 70-93.

⁹Euclides da Cunha, *Os Sertões*. São Paulo, Edições Francisco Alves, 1902.